



LA JUVENTUD Y SUS COSAS

Límites de la adolescencia

09/04/2022 18:00

(Este artículo se publicó en La Vanguardia el 3 de octubre de 1969. En él, Fuster analiza la juventud de la época)

Desde luego, hay quienes prefieren hablar de “adolescencia”. Y puede que tengan su parte de razón. En nuestros días, las fronteras de edad están experimentando unas curiosas rectificaciones, cuyo alcance todavía no sabemos medir. La cosa, en principio, ha de ser anotada en el haber de la ciencia médica y sus auxiliares: la “vida” de la gente ha aumentado de manera notoria, sobre todo en duración y aguante. Así ocurre, al menos, en aquellos países donde la asistencia facultativa, el uso de fármacos, la higiene pública y las cautelas dietéticas consiguen una difusión afectuosa. No vale la pena de recurrir al dato estadístico: el hecho salta a la vista. En términos generales, la ciudadanía actual tarda más en morir: más que antes, quiero decir. Y me refiero a lo que suele llamarse “muerte natural”.



El problema, naturalmente, se plantea ante el embrollo espectacular y vastísimo que los muchachos de hoy se llevan entre manos. De ordinario, la palabra que designa, engloba e incluso define el fenómeno es “juventud”. Papeles y altavoces la repiten hasta el cansancio. ¿Inexacta? No, sin duda. Pero tampoco demasiado clara. Por de pronto, la racha de revueltas y desplantes abarca sectores “menos que jóvenes”: casi anifiados. Ni siquiera la pubertad resulta ser un límite fijo. Y esto es lo que, sin ánimo de ofender a nadie, llamamos “adolescencia”. La verdad es que el vocablo “juventud”, ambiguo, permite manejos un tanto capciosos. Siempre se es joven respecto de alguien: “más” joven que alguien.

Un chico de quince años, hoy, ya tiende a ver con malos ojos a su hermano mayor, que apenas ha cumplido los veinte... En el otro extremo, el asunto aún se presta a nuevas perplejidades. Un buen cupo de vecinos que andan por la treintena se consideran inscritos en el entusiasmo y el desparpajo -de la “juventud». ¿Se les puede negar el derecho a tan cándida ilusión? En la época de nuestros abuelos, un caballero aventajado, al llegar al cruce de los treinta, solía o podía ser, ¡qué diré yo!, catedrático de Numismática, ministro de la Monarquía o académico de Bellas Artes. También ahora se dan casos semejantes a aquéllos. Pero el número es lo que pesa, y a esa edad, la mayoría ve frenado su acceso al escalafón.

Quizá sea por ahí que convenga afinar el análisis, Nosotros, los cuarentones —“de cuarenta para arriba...»—, inducidos por la euforia sanitario - consumista, nos afirmamos como “jóvenes»: si más no, como pasablemente jóvenes. Los amagos de ciática o de reuma no cuentan, y quienes lograron pagarse la equitación o la sauna, o se abstuvieron del alcohol y el tabaco, se encuentran afablemente dinámicos y sólidos. Somos —¡ay!— “jóvenes», y la petulancia parece disminuir ante la comparación con los sexagenarios rozagantes y activos. Por consiguiente, los que vienen detrás y, sin ir más lejos, nuestros mismísimos hijos, bien podrían resignarse al nombre de “adolescentes”. Es una solución, por supuesto. Y nada convencional, además. Los que postulan esta terminología no andan desencaminados. Al fin y al cabo, el concepto “adolescencia” que se propone no es de orden biológico.

Muchos de los adolescentes a los que aludimos son ya todos unos padres de familia, y si no lo son más, es por los trucos que emplean para evitarlo. Ni invocaremos la tan manida cuestión de las barbas, porque, precisamente, un rasgo de la adolescencia actual es eludir el afeitado, cuando la generación de sus papás puso su mejor orgullo en la tentativa precoz de rasurarse... En un tal contexto, la noción de “adolescencia” ha de ser, más que nada, sociológica. El estadio anterior a la “juventud” estabilizada -a la juventud que pasa de los treinta- admite aquella denominación, tal vez abusiva, pero clarificadora y eficaz.

Hasta hace cuatro días, como quien dice, y en Occidente, la adolescencia tenía un final "predeterminado»: el ingreso regular y definitivo en el engranaje del sistema de producción. Me refiero, en particular, a los varones. Una vez cancelada la etapa del capitalismo, de novela de Dickens, el "muchacho" se convertía en "hombre" cuando empezaba a trabajar en serio. El jornal equivalía a una especie de "mayoría de edad" extrajurídica. Y, no por lo que implicase de autonomía económica, sino por lo que significaba de responsabilidad material. El hijo del proletario se hacía "hombre», al hacerse personalmente proletario; el del burgués ganaba la condición "social" de adulto al aplicarse al negocio de casa; los retoños de "la sufrida clase media" ascendían a personas mayores con la percepción del primer sueldo o de los primeros honorarios. Descarto de la reseña al parásito puro.

Lo cierto es que la incorporación a los circuitos "laborales" señalaba, si no el término, al menos un progresivo estrangulamiento de la adolescencia. Y, como era lógico, el proceso adquiría una velocidad diferente según el nivel pecuniario de donde salía el chico. En los domicilios pobres, la urgencia de sacar un poco más de dinero precipitaba la maniobra: en cuanto el muchacho alcanzaba un mínimo de suficiencia física para el oficio, allá le enrolaban, de aprendiz, de botones o de lo que fuera. En los estratos más acomodados, la decisión disminuía en perentoriedad, pero no por ello se aplazaba en exceso.



Las premisas han cambiado. No es fácil de resumir en pocas líneas lo que está ocurriendo. Reiteremos, en primer lugar, que hoy los "padres" duran más que antaño: se sostienen por más tiempo en su sitio, y el relevo no se produce con tanta fluidez. Y por muchos "puestos de trabajo" que se creen, la plétora demográfica desborda cualquier previsión. Por otra parte, eso que conocemos por "nivel de vida" sube. Hay más dinero en la calle, al parecer. Más dinero, y más leyes que proyectan cuidar la "educación" de los muchachos. Entre el proletariado estricto subsiste el imperativo agobiante de meter a los hijos en una u otra plantilla: todavía son carne de salario, en el peor sentido de la expresión. Pero, de "cuellos blancos" para arriba, la cosa presenta otro aire:

se dibuja una ampliación temporal, muy estimable, de la adolescencia. Y a no hay una necesidad demasiado fuerte de colocar "en seguida" a los muchachos. Se piensa, por el contrario, en aprovechar la tregua para proporcionarles una mayor "preparación". De hecho, se les concede una excedencia del trabajo para que estudien. Lo cual es otra novedad incalculablemente revulsiva. Bien mirado, no es por azar que las crispaciones "juveniles" más características, más estentóreas, más severas, son casi siempre "estudiantiles".

Nada de esto tiene precedentes. No ha de extrañarnos, pues, que el desconcierto sea general, unánime. Nadie sabe qué hacer ni qué decir, aunque se haga y se diga mucho. Muy a menudo, lo que se hace y se dice desemboca en un escueto choque de rabias, sin éxito. La muchedumbre adolescente dispara sus iras contra la "sociedad" en bloque, que, efectivamente, es la sociedad de los adultos. Y, a su vez, los adultos replican con otras iras físicas y verbales. Ni los unos ni los otros advierten, quizá, que se mueven en terreno desconocido, y que, para salir del atolladero, han de renunciar a recetas y recursos ajenos a la verdadera entidad del problema. El intento de justificar con "ideas" el enfrentamiento se revela de una total ineptitud. Del lado "joven", predomina la titilación anarcoide, unas veces declarada, otras bajo disfraces confusionarios, pseudotrostkistas o marcusianos. Del lado "adulto", se afianzan las actitudes doctrinales consabidas: desde el conservadurismo más amojamado hasta el comunismo ortodoxo. Pero, en última instancia, lo que se debate es otra cosa. También "eso", ¿cómo no? pero más aún "otra cosa". Se trata de la peculiaridad inédita de unas circunstancias de hecho, que todavía nadie ha logrado "digerir". El lote mayor de culpa corresponde a los "adultos»: cuando menos, confesémoslo. En el fondo, los muchachos se reducen a expresar su malestar de "edad», y si yerran al hacerlo, tampoco hay que reprochárselo con demasiado énfasis.

Sólo que la "edad" es algo -por antonomasia- transitorio. No se es "joven" toda la vida. Más bien se deja de ser joven con rapidez increíble. La "edad" no es un argumento firme de reivindicación, como lo es -y no el único- la "clase». De manera explícita los programas que emanan de Marx, y de manera implícita los demás, descansan sobre la noción de "clase»: sobre la realidad objetiva y su noción coherente. La "edad" pasa; la "clase" permanece. Esto son obviedades de lo más elemental, y no me considero obligado a ser prolijo en su exposición. Si la corriente protestataria de los "adolescentes" actuales es sólo, un gesto de inquietud propio de su condición de "adolescentes», su destino sería evaporarse a corto plazo. Ello no le quitaría verdad ni razón, pero quedaría en un episodio trivial, de mero "conflicto de generaciones», como tantos ha habido y tantos habrá. Sin embargo, ¿no hay más que efervescencia "juvenil" en el lío? Muchos indicios ayudan a sospechar que lo que anda en juego, también, es el factor "clase". Yo creo que asistimos a un curioso capítulo de la eterna "lucha de clases" de que hablan algunos tratados de sociología. En el bien entendido de que la "clase" insurrecta y excitada no es el proletariado. Es la pequeña y la media burguesía. Quiérase o no, ser "adolescente"-en ejercicio- es, hoy, ser pequeño-burgués. Si más no, en el área de la OTAN y sus aledaños.